

PORTOCARRERO, Gonzalo, 2010, *Oído en el silencio. Ensayos de crítica cultural*, Lima, Red para el Desarrollo de la Ciencias Sociales en el Perú y Universidad del Pacífico. 514 pp.

*Oído en el silencio* es un libro distinto a los otros que Gonzalo Portocarrero nos ha entregado. Por un lado, proviene del interés de la crítica cultural por dar legitimidad académica a objetos no estudiados desde una perspectiva teórica. Por otro lado, es también el resultado del descubrimiento de la importancia de prestar atención al análisis de imágenes de lo social que dan cuenta del mundo en que vivimos y que expresan mandatos sociales que moldean nuestras subjetividades. El autor encuentra que estas imágenes están presentes en novelas clásicas como *Ana Karenina*, en la obra de escritores peruanos como José María Arguedas, Leonidas Yerovi, César Vallejo y Blanca Varela, en el estudio de la construcción de la subjetividad a partir de la relación entre el inconsciente y la cultura y hasta en el análisis del caudillismo en el Perú, el mito de Abimael Guzmán, una película de Tarantino, de Woody Allen o de Claudia Llosa, el programa de Magaly Medina y la figura de Homero Simpson.

Este libro es la comprobación de la insaciable curiosidad de Gonzalo Portocarrero y de su vocación analítica, que se siente atraída por la literatura y también por los procesos sociales en el Perú y en el mundo. En ese sentido, *Oído en el silencio* hace explícita y más marcada una tendencia que ya habíamos encontrado los lectores de Gonzalo Portocarrero en *Razones de sangre*, el análisis del racismo en el Perú, o en *Rostros criollos del mal*, el estudio de la subjetividad criolla. Se trata de la presencia de una voz cada vez más personal, que no tiene reparos en afirmar la presencia de un sujeto sensible que se autoanaliza constantemente a partir de sus reflexiones sobre el mundo al que pertenece.

Todos los ensayos del libro se publicaron en el *blog* de Gonzalo Portocarrero, por tanto, son el resultado de la experiencia de varios años de lanzarse a explorar esta «tecnología del yo» contemporánea, en términos de Michel Foucault. De hecho, el medio al que inicialmente pertenecieron estos textos condiciona la manera en que se presentan: textos breves –cuatro o cinco páginas, a veces una sola– que se dirigen en primera persona a un lector anónimo, pero al mismo tiempo cercano, que buscan una respuesta inmediata y que esperan la posibilidad de un diálogo con un interlocutor que se sienta interpelado por una voz personal que critica y analiza, pero que también expresa sin pudor sus reacciones y emociones.

Los artículos de *Oído en el silencio* se afilian a la «crítica en primera persona» ensayada en los últimos años en la academia norteamericana. Saturados de la crítica estructuralista

que pretendía la objetividad y declaraba la «muerte del autor», muchos críticos emprendieron la búsqueda de una voz personal en sus textos, que no le teme y que más bien se fundamenta en la singularidad, la experiencia y el «nombre propio», tan desprestigiado en cierto momento tanto en los estudios literarios como en las ciencias sociales.

En su clásico ensayo de 1969, Michel Foucault toma un parlamento de un personaje de Samuel Beckett: «¿Qué importa quién habla?», para afirmar uno de los principios básicos de la crítica contemporánea. Sin embargo, la crítica en primera persona demuestra que hay más de una ruta en la búsqueda de un estilo marcado por algo que nos distingue y por una manera particular de practicar el análisis de objetos culturales. Partir de un sueño, un recuerdo, una observación o un juicio que no pretende ser imparcial es una de las opciones disponibles para el crítico contemporáneo. En realidad, hay una tradición de este tipo de textos, que tiene en Montaigne y en Virginia Woolf a dos de sus exponentes notables.

Tal tipo de enunciación produce un efecto particular: estos autores logran interesarnos de una manera distinta a la del yo impersonal del trabajo académico convencional justamente porque estos sueños, recuerdos y juicios parciales nos interpelan de una manera en principio emotiva y nos incitan al diálogo. Esta es una de las características que distingue los textos de Gonzalo Portocarrero reunidos en este libro. No hay una voz autoritaria que imponga un punto de vista, más bien se trata de una serie de preguntas dirigidas a un lector del que se espera una respuesta que lo mueva y lo saque de la comodidad del lugar común. Como explica Mary Ann Caws, la historia personal deja de ser un factor que nos apresa, para ser el punto de partida de una crítica «conversacional».

Sin perder de vista el hecho de que se trata de una *performance* que siempre proviene de un proceso de creación de un yo modelado en última instancia en la teleología del texto y en los posibles lectores, la crítica personal es una *performance* del yo que introduce una manera distinta de discernir qué aspectos de uno mismo son susceptibles de ser compartidos con la audiencia. En esta práctica tomamos decisiones retóricas –no podemos libranos de las condiciones y límites del lenguaje– e inventamos voces narrativas, modos de presentación y ritos de autoafirmación. A pesar de afirmar la «muerte del autor», de la conciencia del artificio y de la creación retórica de una primera persona, la academia y el público más amplio están interesados en la identidad, la autobiografía, la voz «sincera» de un sujeto que comparte su mundo personal. Precisamente el juicio que se presenta explícitamente como ideológico es lo que llama la atención en los ensayos de *Oído en el silencio*. Se trata de un acto arriesgado, ya que es una escritura y una publicación de textos que no solo motivan una respuesta del lector sobre el tema discutido, sino que buscan también una reacción y en última instancia un juicio sobre el «yo que escribe».

Entre los ensayos de *Oído en el silencio*, destacan los dedicados a la literatura, que aparece como el punto de partida para «registrar e inventar lo social», como lo expresa el subtítulo de esta sección. Gonzalo Portocarrero estudia textos de autores clásicos, como León Tolstoi, Franz Kafka, Mary Shelley, Antón Chéjov, Henry James y François Rabelais, y autores de nuestros tiempos, como Clarice Lispector, John M. Coetzee, José María Arguedas y Blanca Varela. Este grupo de ensayos busca encontrar nuevos sentidos a textos canónicos y nuevas conexiones entre ellos y el mundo contemporáneo. Imre Kertész como un «Job moderno», Coetzee como un autor que «trabaja con la esperanza», la propuesta de construir un canon de voces utópicas que confían en estos tiempos de escepticismo en la posibilidad de cambiar la realidad, Clarice Lispector como una autora que escribe sobre «cómo enfrentar la vida» (p. 35) y logra transmitir una sabiduría sobre su manera de estar en el mundo. Por otra parte, una lectura de Henry James o León Tolstoi a partir de Sigmund Freud o de Julio Ramón Ribeyro a partir de Jacques Lacan nos incita a buscar significados no convencionales en textos leídos a partir de la impronta que dejan en una subjetividad que los interpreta de acuerdo a sus circunstancias.

Uno de los temas que destaca es el novedoso análisis de la obra de José María Arguedas. Novelas como *Todas las sangres* y *Los ríos profundos*, sobre las que tanto se ha escrito, aparecen en una dimensión original y orientada a encontrarles un sentido de futuro para la sociedad peruana. Estos ensayos traen al presente las novelas de Arguedas, dado que examinan el discurso colonizador del capitalismo contemporáneo, para plantear una analogía en la manera en que el sujeto puede ofrecer una resistencia al discurso del «dinero, el poder y la fama» (p. 122).

Con la misma seriedad con la que analiza un poema de César Vallejo, Gonzalo Portocarrero escribe un ensayo sobre la poesía escrita por estudiantes de los primeros años universitarios. En un discurso que se presenta como dirigido a los jóvenes, pero sin pretensiones pastorales, intenta reconstruir su sensibilidad, entender la manera en que se enfrentan al mundo nuestros estudiantes. La poesía de estos muchachos es entendida como «espacio de revelación de una época» (p. 188), lo que permite trazar una cartografía de los temas recurrentes y de los grandes temas ausentes, en comparación con la producción lírica de las generaciones anteriores. Si la generación de la década de 1960 se caracterizó por la confianza en el cambio social y la mitificación del amor romántico, la generación presente ha mitificado el éxito y el consumo (p. 189). «La mendacidad de las palabras» es el título del ensayo, la constatación de que las palabras refieren a deseos y no a realidades; la devaluación y falta de confianza en la palabra. De acuerdo con las reflexiones de Gonzalo Portocarrero a partir de estos poemas, el debilitamiento de los vínculos sociales se expresaría en estas voces jóvenes que han crecido en la desconfianza frente a la posibilidad de

que el lenguaje exprese una verdad, sea esta personal o política; se revelaría un mundo interior que prescinde de los vínculos sociales. Este ensayo no pretende ser una crítica al mundo de los jóvenes, ni una prédica sobre la manera en que se han perdido determinados ideales, sino un intento de entender y dialogar con voces que representan una sensibilidad distinta que, como profesores universitarios, estamos en la obligación de conocer.

A lo largo de todo el libro, pero de manera clara en la última sección, encontramos textos autobiográficos, que podríamos considerar no solo ejemplos de crítica personal, sino exploraciones radicales en el interior de la conciencia, que muchas veces asumen la forma de la confesión. La crítica sobre el testimonio encuentra que en esta forma de expresión del yo importa no solo la información que se ofrece, sino la pretensión de sinceridad y la apertura hacia el futuro que se despliegan ante la reflexión sobre la vida presente y los deseos y posibilidad de cambiar hacia el mañana. «Horizontes en construcción» es el subtítulo de la última parte de *Oído en el silencio*, sección en la que se exploran las distintas voces al interior de la conciencia, que nos preceden y nos constituyen, y que al mismo tiempo prometen un futuro a un «individuo trastornado por lo infinito», una de las maneras en que el autor se describe. Más de uno de los textos de esta sección puede leerse como la autobiografía emocional e intelectual de un sujeto que intenta un balance ético del que quiere hacernos partícipes como lectores. Un joven que se exige demasiado a sí mismo, marcado por su formación católica, identificado con ideales imposibles de alcanzar, un crítico social influido por el psicoanálisis e identificado de manera personal con los temas de su trabajo académico surge de estas páginas, que dan cuenta de su propia negociación con los mandatos sociales. El análisis de la imagen que los demás observan –hay un interesante texto sobre sus fotografías– y la posibilidad de autorrepresentarse son parte de la «excavación del propio mundo interior» (p. 468) emprendida con gran valentía.

Se trata de un yo con una intensa e incontenible necesidad de comunicación con un lector al que espera llegar por medio del libro o del *blog*, un yo que se alimenta de la ilusión de ser leído y que se encuentra en una búsqueda constante de los receptores que estamos amablemente dispuestos a oírlo y a entrar en un diálogo que nos desafía a ir más allá del lugar común y a encontrar nuestro lugar en el mundo.

Cecilia Esparza

*Pontificia Universidad Católica del Perú*